

Mi abuelo, José Pedrero, mi emigrante

Yenisse Rodríguez Pedrero

Le dedico esta historia de mi abuelo, emigrante, a todos aquellos españoles que se vieron obligados a emigrar de su tierra por aquella época tan lejana, y que, sin duda alguna, representa para nosotros hoy la historia de nuestros orígenes, como sus descendientes directos.

Dedicarle también mis palabras al ejemplo de la prima hermana de mi abuelo, Carolina Gómez Valenzuela, por no olvidamos, luego de su lamentable pérdida, sirviéndome de inspiración, y por tomar prestado su lindo nombre, agregándole como apellido de Zamora, que indica, desde luego, el verdadero lugar de nacimiento de mi abuelo, para hacerlo mío, como seudónimo, en este relato que modestamente escribo.

Emigración y causas generales

Como en cada historia hay una vida y en cada vida, por ende, hay una historia, ésta merece como tantas otras, ser contada. Esta es la historia, contada brevemente, de mi abuelo, mi emigrante.

Muchos fueron los españoles que emigraron en el siglo XIX y principios del XX a la isla de Cuba, ¿sus motivos?, en la gran mayoría de los casos fueron razones económicas, buscar mejores empleos y con éstos, ingresos, para ayudar a la familia que dejaban atrás, en su tierra natal. Muchos incluso pensaban en volver. Otros, simplemente, emigraban para evadir su participación en el Servicio Militar, así como en las guerras que se producían en ese momento de la historia.

Mi emigrante y causas de su emigración

El caso de mi emigrante no fue diferente. Nacido del amor entre la Srta. Rafaela Gómez del Campo oriunda de la localidad de Villamor de los Escuderos, hija de un respetado médico zamorano y del Sr. José Pedrero García, un joven sastre, de familia acomodada, ambos de la ciudad de Zamora, su señor padre, quien gozaba de un próspero negocio con su propia sastrería, fue casi obligado, se puede decir, a salir de su tierra por las deudas que tenía, era un aficionado empedernido de la caza de patos, además de ser adicto al juego, según mi abuelo decía, en sus recuerdos, “peseta que le llegaba a las manos, peseta que apostaba”, incluso era tal su pasión por estas actividades que se rumora [sic] aún la historia que llegó a apostar a su propia esposa, mi bisabuela. Estando tan adentrado en esos menesteres, crecían cada vez más sus deudas y fue así como toda la fortuna familiar, se perdió, él que una vez fue próspero en la sastrería, que talentos en ese arte no le faltaron, quebró, víctima de ese vicio fatal, tal punto que la opción que encontró fue la de emigrar. Sin contar con prácticamente ni un centavo, mi bisabuela, acudió a su padre, el doctor en Medicina, Roque Gómez, para que le diera una suma de dinero para el pago de los pasajes del barco y para subsistir algún tiempo luego de llegar al territorio cubano, que fue el sitio elegido. El doctor Roque, quien le advirtió a la hija de la mala cabeza del novio entonces, siempre la apoyó y la entendió al ella enamorarse del joven Pedrero. Mi bisabuelo tristemente se fue extraviando de los quehaceres de su sastrería, y ya se sabe que: “el que tenga tienda, que la atienda y si no, que la venda”, como decía mi abuelo. El refrán, como casi todos los refranes, se cumplió al pie de la letra, y la joven familia zamorana, que ya tenían consigo tres de los cinco hijos que le nacerían, encontró esta opción de emigrar, por los cálculos hechos fue en 1924.

Fue así, como este padre ayudó a su hija y a su yerno, dándole una nueva oportunidad para abrirse camino esta vez en un país lejano pero que prometía prosperidad para los que venían a él. Emigraron hacia esta isla caribeña, en la cual por esa época era una especie de piedra en bruto y que quienes venían y trabajaban duro en ella, prosperaban rápidamente, eso al menos era lo que se decía por aquellos tiempos, y era lo que movió a miles de españoles a venir hasta acá, entre ellos, a la familia Pedrero.



Mi abuelo José.

Se marcharon en un vapor inglés de nombre Orcoma, viajaron, como es de suponer, en tercera clase, para ahorrar de cierta forma el dinero que traían consigo. La travesía fue larga, recorrer todo el océano Atlántico por aquella época, en un vapor, duraba un mes, aún recuerdo sus historias de cuando vio de muy niño una ballena blanca que echaba un chorro de agua, de cómo la ahuyentaban con aceite y de la pésima comida inglesa consistente en caldo y sardina ahumada. A mi emigrante no se le olvidó nunca aquella gran travesía que era como una especie de aventura para el primogénito de los hermanos, al que, como era costumbre, le llamaron como a su padre.



Mi abuelo José.

En sus escasos ocho años la llegada a Cuba nunca fue olvidada, pues se hizo esperar, ya que el barco no atracó en el muelle, sino en la bahía de La Habana, para que los médicos comprobaran que no llevaban ninguna epidemia consigo.

La isla de Cuba, los acogería como acogió a miles de españoles, llena de ese sol intenso que siempre la caracterizó, el cual verían todos los días al amanecer, recordándoles por lo diferente del clima, que no estaban donde habían nacido.

Recuerdos de España

De su niñez en España siempre contaba lo hermoso del río Duero, el abuelo paterno con su amplio bigote y su inseparable bastón que lo llevaba de la mano a recorrer las orillas del inmenso Duero que amaba, lo contemplaba desde una orilla y no alcanzaban sus ojos a ver la otra, el abuelo con el bastón separaba las piedras del camino para que no entorpecieran las pequeñas pisadas del nieto. Y se acordaba del trabajo de su abuelo paterno, un funcionario municipal que según su opinión era de mucho rango, pues en su casa se vivía sin escasez de ninguna clase. También se acordaba de su tío paterno, Ángel Pedrero, que durante la República fue jefe del Servicio de Inteligencia Militar. De la familia materna solo que el abuelo era médico y los tíos militares de la República.

Después de la Guerra Civil española, la madre que mantenía correspondencia con ellos, la perdió por completo, aunque nunca perdió las esperanzas de volver a su lugar de origen con los suyos.

También siempre guardó respeto por los truenos y los rayos, ya que en su infancia recuerda claramente como por la estufa familiar entró, en una tormenta, un rayo y que partió a la mitad instantáneamente una mesa de madera preciosa, que estaba frente a ésta. Por lo que siempre, entre mis recuerdos, está su mirada penetrante al cielo cuando había tormenta y si por casualidad habían truenos o se metía a la cama o se ponía siempre en un lugar seguro en la casa, alejado de las puertas y ventanas, y nos aconsejaba para que hiciéramos lo mismo. En esa infancia en la tierra a la que según el creía no había nacido, iba al colegio con los “baberos” como popularmente eran conocidos los hermanos de La Salle, y digo la tierra que según el creía haber nacido pues en su fecha de nacimiento siempre tuvo un error que lo llevó consigo, ignorando la realidad de su origen, a través de casi toda su existencia.

Génesis verdadera de mi emigrante

Mi abuelo realmente nació el 6 de noviembre de 1916, en la calle San Andrés, en la ciudad de Zamora, España. En sus documentos aparecía registrado por sus padres como nacido en el municipio Arroyo Arenas, en La Habana, Cuba, y es que en aquella época era más fácil conseguir empleo y establecerse siendo de origen cubano que teniendo otra nacionalidad. Y así fue. A todos los integrantes de la familia Pedrero, los niños entonces José, Julia y Rafael, nacidos en Zamora realmente, fueron como sus hermanos nacidos en Cuba, Carolina y Raúl, inscritos como cubanos ciento por ciento.

A los hijos lo inscribieron, como si fueran más chicos, pues sólo hasta cinco años se podían registrar como nacidos en la isla. Así fue que José, de ocho años realmente fue inscrito con 5 años.

Es por ello que siempre pensó que era cubano, los padres nunca le contaron bien la historia, incluso en sus documentos aparecía como nacido en el año 1919 y ni siquiera sabía de su segundo nombre, Félix.

José, Pepe, o Pedrero, como también le llamaban, pensaba que sus recuerdos de España eran dados por un viaje de recién nacido a la península Ibérica, con el fin de conocer a sus abuelos, y que su infancia la pasó allá, por eso se explicaba la zeta característica en su acento, que lo acompañaría durante toda su vida, porque según su pensamiento él había aprendido a hablar allá, luego vinieron a Cuba.

Pero la vida dentro de las vueltas que da, también nos da muchas sorpresas y mi emigrante, mi abuelo, tuvo que pasar por mucho para conocer algo

que para casi todas las personas es natural conocer, su origen, su nacionalidad, es por ello que esta historia merece la pena contarla por lo increíble de la vida y de Dios, que siempre nos guarda lo mejor para en algún momento especial darlo a conocer. Y nunca es tarde, para conocer nuestras raíces, esas preguntas que todo ser humano se hace, ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos...? ¿Por qué? ¿Para dónde vamos?... eso, eso sólo Dios lo sabrá...



Carnet matrícula Academia "Bravo".

Abriéndose paso en la vida

Mi abuelo siempre contaba de sus vicisitudes en la juventud, eso que todo joven debe hacer, abrirse paso en la vida, sólo que para él fue muy duro. Toda esta etapa del final de su niñez y su juventud, vivieron en el municipio de Marianao, en la capital del país que los abrazó.

Su madre ahorrraba centavo a centavo del dinero que Roque, su abuelo materno, le enviaba a escondidas del esposo, que continuaba apostando y jugando el dinero del soporte familiar. Ella guardaba debajo del colchón ese dinero con la esperanza de regresar a su querida España. Algo que no pudo lograr nunca pues un día, él esposo cegado por el vicio del juego y sorprendido al ver la pequeña fortuna ahorrada por la esposa le sustrajo todo a su señora, arrancándole además del dinero sus sueños de volver con su familia a su querida España. Esta situación tan penosa provocó que ella no aguantara más, ni estuviera a expensas del padre de sus cinco hijos. Ya no había en su corazón la confianza necesaria, por lo que se divorciaron tempranamente.

Mi abuelo, hijo primogénito de la familia, tuvo que asumir el rol de padre de familia, muy tempranamente quizás por eso siempre fue muy maduro y juicioso, todo lo contrario de su señor padre. Tuvo que terminar su niñez y empezar a ser como un adulto, madurar antes de tiempo, hacer lo que fuera necesario para ayudar a la madre con la manutención de los cuatro hermanos.

Desde muy jovencito supo lo que era el trabajo duro, empezó en una tintorería, lavando y planchando trajes de gente rica, el contaba lo exigentes que eran con él, tenía que dejar los trajes blancos de dril impecables, y es por eso que hasta que su edad se lo permitió lavaba a mano la ropa de sus nietos en casa y las dejaba más que limpias, impecables, como aquellos trajes que alguna vez lavó y planchó con planchas de carbón.

Aprendió muy bien ese oficio, en este tiempo hizo suyo el idioma inglés, que le enseñó un amigo jamaicano, conocimiento que le valió para ayudar a la familia impartiendo clases de ese idioma por un tiempo. Luego trabajó un periodo de su temprana juventud en un laboratorio de veterinaria. El joven Pepe aprendería todo cuanto le fuera posible, en cada lugar se ganó la confianza y la amistad de muchas personas de quienes siempre contó interesantes anécdotas. En esta temprana juventud se apoderó de el único vicio que le conocí: el de fumar, pues el del juego, lo detestaba y nunca lo practicó, para el significó la ruptura de su hogar. Aunque ambos vicios son fatales, fumando solo se hacia daño él mismo, pero su padre les hizo mucho daño a todos ellos, con su actitud, sin saber, entonces lo que actualmente se ha comprobado: que la adicción al juego es una enfermedad.

Pero él fue siempre muy inteligente, ávido de conocimiento, incansable lector, y no se quedaría mucho tiempo en este oficio, no dejó de un lado sus estudios y matriculó en un curso por correspondencia de electrónica, que daba por aquella época la Lincoln School of Radio and Televisión. Fue socio del Centro Gallego de La Habana, matriculó en el Colegio Academia “Bravo”, las asignaturas de Teneduría y Taquigrafía, de lo que se graduó, así como también se graduó de Mecnógrafo, estudios que le servirían de mucho para sus futuros empleos.

La situación que vivieron aquí en la Isla los emigrantes no fue nada fácil, no era en absoluto lo que se figuraron los miles de españoles que emigraban, buscando e imaginándose un futuro en un mundo mejor, lleno de nuevas posibilidades de trabajo, lo que encontraron fueron muchas dificultades en todos los sentidos. Dificultades para encontrar el tan ansiado trabajo fijo, que le reportara un sueldo estable, dificultades para establecerse, dificultades para poner en orden los documentos, etc. Mi emigrante no fue la excepción de la regla, la idea que sus padres tenían de que en la Isla se le abrirían las puertas, que se le cerraron en España, estaba errada. La situación en la Cuba de principios de siglo no era la mejor, tuvo que pasar por muchos trabajos, hacer lo que fuera necesario pues era el joven Pepe el cabeza de familia y el que ayudaría a la madre en la crianza de los cuatro hermanos restantes.

Mi abuelo siempre fue muy dado al estudio y a la superación, siempre estaba leyendo y buscando algo para estudiar y superarse profesionalmente, es por eso que mientras lavaba y planchaba en la tintorería, que fue el primero de

los muchos empleos que tendría, era muy frecuente que su jefe (un chino emigrante) constantemente lo reprendiera por estar estudiando, leyendo o memorizando conceptos, mientras planchaba los trajes de los prestigiosos clientes de dicha tintorería, situada en La Habana Vieja. Esa anécdota mi abuelo la contaba pues él decía, que tenía, literalmente, un chino atrás, El chino siempre lo estaba regañando y exigiéndole por el buen trabajo, incluso en una oportunidad, por estar tan adentrado en sus estudios, cometió el descuido de dejar una plancha de carbón, encima de un saco beige, ¿el resultado? el saco quedó marcado con la forma de la plancha, mi abuelo quería que la tierra se abriera y lo tragara, o peor, que lo partiera en dos, un rayo (que era una de sus peores pesadillas infantiles). Se puso muy nervioso, y comenzó a sudar, si el chino lo sorprendía, seguramente lo pondría de patitas en la calle, y ¿quién le decía a la “vieja” qué por su descuido se quedarían sin comer toda la familia?

Inmediatamente quitó la plancha y al ver cómo había quedado la pieza, su temor a ser despedido creció como una ola, por suerte el chino no se encontraba en ese momento allí, sólo lo vio él, y otro compañero de la tintorería que era amigo suyo. Era una situación desesperante y delicada, y no había mucho tiempo para reparar el daño causado, tuvo que, con la complicidad del amigo, ir hasta la esquina de la calle Zanja, cercana a la tintorería, para empeñar, en una Casa de Empeños (valga la redundancia) una sortija de oro, que su madre había traído de España, que pertenecía al abuelo materno Roque, el médico.

Con profundo dolor, pero sin otra opción, tuvo mi abuelo, que desprenderse de su querida prenda, para no perder el trabajo, que significaba el sustento familiar. A su madre no le contó nunca esta historia pues la zurra que le hubiese dado, sería tremenda, y el respeto y temor que los hijos sentían por su madre era mucho. La “gallega” le había dado esa sortija a su hijo mayor cuando empezó a trabajar, era una especie de símbolo que representaba la seriedad y la madurez que debía tener al llevar la prenda consigo. Mi abuelo, tuvo que estar mucho tiempo escondiéndose los dedos de las manos, hasta que felizmente pudo recuperar el anillo. Afortunadamente todo salió bastante bien, pues se le acercó al chino y le explicó toda la situación que tenía y le pagó centavo tras centavo lo que costaba el saco beige, que nunca se le olvidó. El chino, desde ese día comprobó una vez más, la realidad de la vida difícil que llevaba el joven, de apenas 19 años aproximadamente, y no lo despidió, como temía mi abuelo. Esta historia a cada rato la hacía mi abuelo, después el chino que tanto maldecía por lo insoportable como jefe, se convirtió en esta anécdota, que será para siempre recordada por todos los que se la oímos y ahora quedará inmortalizada en estas páginas.

Otra de las dificultades que tuvo mi abuelo fue la de los documentos, al inscribirlo sus padres como cubano, en vez de ser una ventaja a la hora de encontrar ofertas de trabajo, también suponía un pequeño inconveniente, pues



Carnet de Socio de la Asociación Habanera de Árbitros de Cuba.

nadie creía en su ciudadanía cubana, había que nada más oírlo hablar para darse cuenta que su acento no era el de los cubanos, claro que no es que le negaban el trabajo pero le censuraban la notable diferencia del acento, él lo único que podía alegar era, lo que siempre pensó, que aunque

nació aquí, los padres lo habían llevado de pequeño a España a conocer a los abuelos y había aprendido a hablar allá. Sus compañeros de trabajo, pese a oír esta historia, siempre lo llamaban Pepe, el gallego.

Fue así como mi abuelo, fue encaminándose, trabajó y estudió, a veces hasta largas horas de la noche, para superarse y conseguir un mejor empleo. Sus hermanos también estudiaron y pudieron cada uno encaminarse, pasando también mucho trabajo: su hermana Julia estudió corte y costura y al casarse con su esposo, pusieron una quincalla (especie de tiendecita donde se vende de todo) el hermano Rafael heredó el arte de su padre y se hizo un excelente sastre logrando abrir una pequeña sastrería, por su parte, Carolina, se apegó a los libros, como mi abuelo, y estudio Taquigrafía y Mecnografía en inglés y español, y el más pequeño de los hermanos Raúl, tenía una pequeña cafetería, junto con la madre, quien según siempre me contaba mi abuelo era una magnífica cocinera y preparaba unos platos típicos de su tierra que encantaba a todo aquel que los probara, especialmente las garbanzadas y la pata y panza que hacía frecuentemente.

Posteriormente se hizo contador público, y con todos los conocimientos adquiridos: el idioma inglés, la Mecnografía y la Taquigrafía, etc., pudo mejorar su situación en cuanto al trabajo.

Además de su afición al football, de ser un medio de entretenimiento y de ejercitación para el cuerpo, mi emigrante ingresó al colegio Central de Árbitros, adscrito a la Asociación Nacional de Football de Cuba, y posteriormente ingresó en la Asociación Habanera de Árbitros de Cuba.

Luego pasó a trabajar a la prestigiosa compañía de plásticos de la época: González Ramírez y CIA, como jefe económico del Dpto. de Teneduría de Libros. Perteneció a la Asociación Nacional de Contables. Sus compañeros de trabajo fueron en su gran mayoría de nacionalidad cubana, aunque sí conoció a algún que otro, que, como él, llevaba consigo la huella de su acento español. Por su enorme capacidad intelectual, lo confiable y su seriedad ante el trabajo, se ganó rápidamente el afecto y total confianza de sus jefes.

Esta fue un época muy buena de su vida donde todos sus esfuerzos fueron premiados laboralmente, dio a su familia lo que siempre se esperó de él. La madre siempre fue muy recta en su forma de crianza, quizás por eso él y sus hermanos salieron tan rectos y encaminados siempre al trabajo digno, ella era una gran mujer, una “gallega” como le decimos los cubanos a todos los españoles, aunque no sean oriundos precisamente de Galicia, fuerte de carácter, ya no era aquella joven que vino con su esposo abriéndose paso en un país extraño, sino era una madre sola que con la ayuda de su hijo mayor tuvo que criar a los demás muchachos y echar a andar, pese a todo, en una sociedad, en que una madre sola no era muy bien mirada.

Todas las historias que mi abuelo contaba de su juventud, fueron un poco tristes, pues de su padre no tenía noticia, ya que su progenitora, se desligó tanto de él que le inculcó el mismo despego a los hijos con respecto al padre, que siguió como siempre fue hasta su fin, eso sí, era muy buen sastre, incluso uno de los hermanos, Rafael, heredó ese oficio. De muchachos, Rafaela le obligaba a comer a los hijos la comida que no le gustaba a los crios, les enseñó a comer de todo, recuerdo que en una ocasión cuando yo misma no quería comer la comida de niña, mi abuelo me decía: “si tu madre hubiese sido la mía... de que te lo comes, te lo comes”, mostrando así, la autoridad que tenía con sus hijos. Una mirada suya, bastaba para silenciar la más mínima protesta cuando la comida no era la mejor.

El padre falleció por estos años, víctima de un ataque al corazón, meses antes, él se acercó a su padre, pues comprendió que fuese como fuese, con sus defectos, dado su vicio de juego, fue quien lo engendró y fue, a fin de cuentas, víctima de esa debilidad, pero en su corazón había un vacío muy grande por la temprana ruptura del matrimonio y la separación que trajo consigo, de sus hijos.

Sus padres desde que llegaron prácticamente a Cuba, se acogieron a la Sociedad Zamorana, e inculcaron en sus hijos el amor a España, el guardó con celo todos los comprobantes de pago de la misma, que lo acreditaban como socio y le daban el derecho del panteón que tenía en el Cementerio de Colón dicha sociedad, también participaban de las Romerías que allí se efectuaban con frecuencia. Sus hermanas Julia y Carolina también pertenecieron a la sociedad Zamorana, así como su tío paterno Enrique Pedrero García.

Así transcurrió la adolescencia de mi abuelo, su primera juventud, luego vendrían otros tiempos: la etapa en que decidió, movido por esa fuerza misteriosa que mueve al mundo, el amor, hacer su propia familia.

Ahora vendría la parte romántica de la historia, la parte en que este joven zamorano conocería el amor.

El amor de su vida: su familia

Siendo un joven, pero eso sí, muy juicioso, conoció a mi abuela, una linda matancera, estrella de belleza del carnaval en su natal Jovellanos, una joven de provincia, que estaba visitando a su hermana, recién casada en La Habana. De inmediato surgió el amor entre ellos, un amor que ni la distancia pudo separar, pues él trabajaba en la capital y le escribía diariamente cartas de amor a su linda novia, la Srta. Juana Hernández Marante, y cuando iba al pueblecito matancero se paseaba por la acera de enfrente de la casa de la joven pretendida para ver si la veía asomada al portal. Fue aceptado en la nueva familia dado su seriedad ante la vida y ante el amor, aquél que los dos se tenían.

Casarse era necesario, era fundamental, a los nueve meses de noviazgo, ella con veintiséis años y él con treinta y dos efectuaron sus nupcias.

Fue sencillo, él le dio a escoger un viaje de luna de miel a Miami, Estados Unidos, y una boda simple, en la notaría y en la iglesia o una boda despampanante al estilo de una gran aristócrata, ella humilde y princesa al fin, escogió lo primero. Fueron a Miami, a una luna de miel de ensueño, incluso por las ofertas de trabajo él pensó en quedarse, pero movidos por la añoranza de su Cuba y el apego a sus familiares, regresaron. Se establecieron en el mismo municipio de Marianao, para estar cerca de la madre, donde residieron por unos años.

El amor de su vida fue mi abuela, aunque por el trayecto de su vida le surgieron otros amores, sus hijos, que fueron dos, un varón al que nombraron Juan José y una niña llamada, Miriam Dolores.

Después de 1959

Lo anteriormente narrado pertenece a la etapa de antes de 1959, cuando la isla se regía por el sistema capitalista luego de esta fecha, el país cambió radicalmente, y para todos sus habitantes esos cambios formaron parte de sus vidas, hasta el día de hoy. Las cosas dejaron de ser como eran, muchos dueños de negocios se marcharon y emigraron hacia los Estados Unidos, pues con la nacionalización temían perder sus negocios, mi abuelo que trabajaba en la CIA. González y Ramírez, antes mencionada, al abandonar el país los dueños, que le tenían gran aprecio por lo responsable que era Pedrero, lo alentaron para irse con ellos, al igual que los hermanos que todos por una u otra razón se fueron hacia territorio norteamericano, con sus hijos, más él no fue.

Se mudó con su esposa e hijos a otra localidad de La Habana, en el Reparto Chibás, del municipio Guanabacoa, donde vivió por cuarenta y tantos años de su larga vida.

Al mismo tiempo, trabajó en la Empresa Consolidada de Fertilizantes, ocupando el cargo de jefe del departamento económico.

Se compró un auto inglés, de la marca Ford, de los años cincuenta, el cual cuidaba y manejaba con mucho esmero.

A lo largo de toda su etapa de trabajador obtuvo numerosas condecoraciones y diplomas por sus méritos como trabajador, entre ellos:

Fue nombrado Administrador-Obrero de la firma González Ramírez y CIA. Obtuvo consecutivamente Diplomas de Trabajador Vanguardia, a lo largo de los años 1961, 1963, 1964, 1965. Recibió diplomas de Amor al Trabajo, Asistencia y Puntualidad ejemplar.

Reconocimientos de Alto Grado de Conciencia y Actitud ante el trabajo, así como trabajador de Avanzada, y por último un diploma que representó mucho más para él que todos los demás mencionados, el de Padre Ejemplar.

Su madre, la Sra. Rafaela, murió como su padre, afectada por el corazón. Fue un dolor muy grande, como para todos, el de perder a la hacedora fundamental de nuestra vida. Los restos de ambos progenitores descansan en el Panteón de la Sociedad Zamorana a la que toda su vida a pesar de estar divorciados, asistían y nunca abandonaron.

Descendencia de mi emigrante

Los hijos continuaron creciendo y haciéndose hombre y mujer de bien, casándose y teniendo hijos como lo hicieran tiempo atrás sus padres.

Juan José tuvo dos varones, Jayler Javier y Jandry Javier, y Miriam, tuvo dos hijos también, un varón Yasser, y una hembra, Yénisse.

Nosotros, su descendencia, al igual que él, pertenecemos, con mucho orgullo a la Sociedad Zamorana de Cuba.

También continuó en su vida laboral trabajando en la Empresa Distribuidora de Derivados del Petróleo en donde en el año 1980 se jubiló.

Se dedicó a la crianza de sus nietos, y a la vida hogareña, con su esposa.

Además de mantener una estrecha relación con su estimada Sociedad Zamorana de Cuba, a la cual ingresó en el año 1946. En septiembre, de 1996 se le otorgó la distinción de Socio de Honor, además de numerosos reconocimientos por sus más de cincuenta años de asociado.

También fue miembro de la directiva, participando como vocal de la misma, a principios de los años noventa, aproximadamente durante dos mandatos, de seis años dirigidos por el Sr. Sergio Rabanillo Cámara.

En el año 1995 fue elegido entre los primeros emigrantes para participar en un viaje a su tierra natal, aquella que cuando oía mencionar le sacaba lágrimas de sus negros ojos. Era un plan maravilloso, nacido del pensamiento de

hombres de ley y de amor, de hombres de Dios, que trazó en la vida de mi emigrante una línea entre el pasado y el presente, que descubriría la verdad de su origen. Un origen que sin saberlo bien, él de algún modo siempre lo llevaba en lo profundo de su corazón.

Operación añoranza

Estas palabras representaban, para mi abuelo, la nostalgia que vio en los ojos de su madre, quien siempre soñó con el volver. Y ciertamente marcarían los últimos años de su vida. También significaron mucho para todos los que viajaron en noviembre del año 1995, por quince días, a su país natal, a la ciudad que los vio nacer. Mi abuelo que no tenía bien claro donde fueron sus primeros años de vida, se daría cuenta mediante investigaciones hechas posteriormente, que, en verdad, el había nacido en la calle San Andrés, que su inscripción de nacimiento estaba allí, en el Registro Civil de Zamora, fue entonces cuando descubrió también que era tres años mayor, en vez de tener 76 años, tenía 79, pues había nacido en el año 1916, en vez de 1919, como creía, y descubrió que tenía un segundo nombre, Félix.

Estos cambios significarían mucho para él, de inmediato la prensa lo acaparó, como era ameno conversador, por lo característico y curioso de su historia, comenzaron a buscarle familia por todos lados, le hicieron miles de entrevistas, salió en la prensa por doquier, aquello fue una búsqueda de sus orígenes sin precedentes, pero desafortunadamente no aparecía nadie de su árbol genealógico.

En España, el apellido Pedrero no es poco común, como lo es en Cuba. Allí, habían muchos de negocios con esa designación y ninguno de ellos eran familia de mi abuelo. Los días pasaban, fueron a diversos lugares de interés histórico y cultural. En el hotel Rey Don Sancho, donde pasaron esos inolvidables días, hizo muy buena amistad con su gerente general, el Sr. Luis Rodríguez San León, quien después de marcharse de su tierra, continuó manteniendo correspondencia con él. También hizo una estrecha amistad con el Sr. Jesús Sandín Blanco, quien trabaja en la Diputación de Zamora, y con quien se creó una especie de hermandad, de esas que duran toda la eternidad.

Pasaría unos días de ensueño, igual a los días felices de luna de miel en Miami que tuvo con mi abuela hacia muchos años ya, pese a todo ese descubrimiento que hiciera con el origen de su vida, tenía un poco de tristeza, todos los demás emigrantes habían contactado con sus familiares, él no. No había nadie que tuviera su sangre, nadie en toda Zamora, una Zamora linda, moderna, diferente de cómo él la dejó.

Setenta años después recorrió los mismos sitios que recorrió con su abuelo, que quitaba las piedrecillas del camino con su inseparable bastón, setenta años para descubrir que era tan zamorano como sus padres, en setenta años la ciudad había dado un cambio –según sus propias palabras– de 180 grados, ya el amado Duero no tenía aguas tan claras, cosas del progreso como decía él.

El milagro de un singular encuentro

Llegó el día antes del regreso a la isla que lo vio convertirse en un hombre, y nadie reclamaba como familiar a este señor de mirada profunda, de ojos negros y grandes, que casi siempre por el simple hecho de escuchar su himno nacional, el español, lloraba. Ese defecto o virtud, el de llorar al escuchar su himno, me lo transmitió a mí, quizás porque sé del tiempo que tuvo que transcurrir para que él cuando escuchara ese himno, supiera ciertamente que era suyo.

No todo es tan triste, pues siempre sale el sol, luego de la tormenta, ese mismo día, el día anterior a su partida, ocurrió el milagro. Una llamada pondría mucha felicidad en su mirada. Era la voz de una prima hermana, hija del hermano de su madre, Roque Gómez del Campo, hermano de Rafaela Gómez, quien hizo su vida en otra ciudad, en Zaragoza. Tarde pero seguro, la prima Carolina Gómez Valenzuela, era la tan añorada familiar ausente que esperaba encontrar mi abuelo. No se conocieron nunca personalmente. Ellos, partían hacia Cuba al día siguiente, y ella estaba en Zaragoza, lejos de Zamora, no daba tiempo, esa era la cuestión. No obstante, empezaron a surgir lazos muy fuertes entre estos primos que nunca se pudieron ver el rostro, sólo llamadas, cartas y fotos, que nunca faltaron para alegrar la vida de mi abuelo hasta sus últimos días.

Al regresar a casa y contar esta historia casi no lo creíamos, era volver a echar el tiempo atrás y empezar a enlazar la vida de mi abuelo desde sus inicios. Se hicieron los trámites pertinentes, para poner en orden sus documentos, trajo consigo su certificación de nacimiento y al fin, se hizo ciudadano del país que le correspondía ser ciudadano, España.

Hasta los últimos días de su vida, recibió la Pensión Asistencial por Ancianidad dada a los emigrantes residentes en la isla mayores de 65 años por parte del gobierno español y mediante su Embajada.

Su prima-hermana, aún hoy, a cuatro años que nos dejó físicamente mi abuelo (José Félix Pedrero Gómez, 6-11-1916 al 8-8-2001), nos sigue llamando por teléfono y sigue demostrándonos su mismo amor en cada palabra, en cada carta, en cada foto que nos envía. Ella pone muy en alto cosas de la vida que no se deben olvidar nunca: esos lazos de sangre que unen a los seres

humanos, y lo que nos hace eso mismo, humanos, al mostrar amor verdadero por nuestros semejantes.

Aunque se quedó con las ganas de volver a la que ya sabía era su tierra, para verle el rostro a su prima-hermana, sé que de alguna forma, una parte de él estará en las calles de su Zamora y por supuesto otra parte de él en el corazón de su prima querida y aquí, nosotros, sus familiares, lo tenemos muy presente, él está en la Sociedad Zamorana de Cuba, él está entre las actividades que realiza ésta en todo el año, las cuales él nunca se perdía y lo tenemos también presente siempre en nuestra alma y en todo lo que nos enseñó.

Los restos mortales de mi emigrante descansan actualmente, como lo hicieran sus padres, en el Panteón de la Colonia Zamorana de Cuba, del Cementerio de Colón, en La Habana.

Su inolvidable legado

Sus lágrimas ahora, serán las mías, cada vez que escuche el himno nacional español, porque a lo largo de sus casi 85 años de vida, nos enseñó a querer mucho a su tierra, sus costumbres, sus tradiciones, a la Sociedad Zamorana, de la cual nunca se apartó, y donde sus fotos siempre estarán colgadas en las paredes, de la ahora nueva Casa de Zamora, que él no pudo ver.

Nos legó su amor a la familia, nos inculcó el orgullo por su tierra. Él fue como un faro de luz que enriqueció el lenguaje familiar, aportando frases y palabras que la nieta desconocía, propias de su tierra. Además de ser como un maestro, una especie de enciclopedia viviente, que a cada pregunta de la nieta, sabía dar la respuesta más certera, sin olvidamos de su genio, su carácter, que como su inseparable tabaco, siempre lo acompañó, pero que sabía compensarse muy bien cuando en una balanza lo que más pesa, no es el genio de un refunfuño pasajero, sino la inteligencia y el cariño de un ser.

Él era de esas personas mágicas, por decirlo de alguna manera, que cuando miraba a alguien desde la primera vez, sabía descubrir la valía o no de la persona observada, tal punto que no recuerdo de alguna equivocación suya respecto a alguien.

Sus hijos heredaron su profesión, al igual que la nieta, a quien ensañaba, entrados sus ochenta años, las lecciones mas difíciles de contabilidad, con tal claridad, que asombraba a todos.

Esta es su historia, su vida, narrada por quien tuvo la dicha enorme de ser criada por un hombre como él, y todo el que haya tenido el privilegio de haberlo conocido, sabrá de la veracidad de mis palabras.

Él fue el abuelo que como hace un padre, quitó para mí las piedras del camino, con un bastón, como lo hacía su abuelo con él. Y es, precisamente por

él, que cuantas veces sea necesario, estaré, hablando de él, como en el Concurso de Señorita Zamora, en el cual fui elegida como Primera Dama, por la exposición dedicada a los conocimientos que tenía de su pueblo, de su país y de su vida como emigrante. Posteriormente, en el certamen de Señorita de Castilla, al quedar con esta nominación la primera Señorita de Zamora, yo pasé a ostentar la linda banda, de franjas rojas y amarilla que recuerda tanto a la bandera española, concediéndome el honor de ser la nueva Srta. de Zamora, aquí en Cuba.

En cualquier lugar que sea preciso ya sea hablando o escribiendo, estaré, con el mismo entusiasmo y pasión, pues es simplemente mi abuelo, mi emigrante.

Su nieta, que nunca lo olvidará...

Agradecimientos

Es mi deber agradecer, a todas aquellas personas que me ayudaron para hacer esta biografía.

A quien primero debo agradecer en donde quiera que esté, es al protagonista de mi historia: Gracias por tu organización, abuelo, tu forma tan cuidadosa de guardar documentos, carnés de trabajo y estudios, certificaciones, pasaportes, fotos, en fin, todo lo incluido aquí, tantos y tantos documentos de tu vida que por razones de espacio, no me fueron posible incluirlas en ésta, tu biografía. Tú fuiste el inspirador principal de estas palabras que nacen de mí, tu nieta.

Mi agradecimiento de forma muy especial a la Colonia Zamorana de Cuba, por el papel que representó en la vida de mi abuelo, y por supuesto a los que la integran y la dirigen. Al Sr. Sergio Rabanillo, a la Sra. María Antonia Rabanillo, por su tiempo dedicado, al Sr. Jesús Sandín Blanco, de la Diputación de Zamora en España, su muy entrañable amigo, y a todo el que de una forma u otra tuvo que ver en la espléndida idea de permitírsele ese reencuentro con el pasado mediante el maravilloso Plan Añoranza, en el que a mi abuelo le reveló la luz de su verdadero origen.